

9-11
ENRIQUE PATIÑO (Hijo)

TENIENTE DE INFANTERÍA

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA ANTE LA TUMBA

DEL

GENERAL D. MANUEL CARABALLO



MONTEVIDEO

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427

1898

ENRIQUE PATINO (Hijo)

TENIENTE DE INFANTERÍA

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA ANTE LA TUMBA

DEL

GENERAL D. MANUEL CARABALLO



81.442

52.532

MONTEVIDEO

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427

1898

ORACIÒN FÙNEBRE

D O S P A L A B R A S

Esta oracion, improvisada al borde de la tumba del General Caraballo, al ver con dolor que nadie despedía al viejo guerrero, es una página arrancada al sentimiento. Rehecha pocas horas después á pedido de los hijos del soldado extinto--quede ahí estampada hasta con sus incorrecciones.

SEÑORES:

Vengo en mi calidad de soldado joven á arrojar la primera palada de tierra sobre la tumba del soldado viejo y á formular con acento dolorido el adios solemne de las supremas despedidas.

Este féretro—señores—encierra los restos de un soldado ciudadano que simbolizaba en vida nuestras glorias de seis décadas de historia, de una reliquia sagrada de los tiempos heróicos, cuando la nacionalidad activa de los orientales se consagraba á filo de sable elaborándose entre el fragor de homéricos combates, por el esfuerzo poderoso de los centauros sedientos de libertad y al son del eco bronceado de los clarines guerreros, cuyos toques variaban de las tremantes notas del ataque á las torrentosas notas de las dianas de victoria.

El general Caraballo perteneció á la falange de los grandes. El presencié Ituzaingó en los albores de la era de redención y la puesta del sol del día esplendoroso de Cagancha, donde á través del humo denso de los cañonazos vió las cargas arrasadoras de Angel Nuñez el Murat de la jornada; presencié Arroyo Grande con sus tristezas infinitas en día de luto para el pabellón celeste y blanco; fué soldado estóico en San Antonio y la Defensa, el gran monumento histó-

rico del valor oriental simbolizado en el pedestal de granito donde se hiergue serena la estatua de Joaquín Suárez, y á la sombra de la triunfadora bandera de la República solo no asistió á la epopeya del Paraguay—la epopeya de los esterales—la de Yatay radiante, la de Tuyutí rojo de sangre entre los fan-gales del Estero Bellaco, la de Boquerón engran-decido por la caída de un titán entre el resplandor acerado de treinta mil bayonetas--en la que se ha-blaba á las ignorantes y heroicas masas paraguayas con la elocuencia destructora de los tarros de metra-lla y la voz poderosa de la garganta rayada de las piezas de artillería.

Fué un brazo armado al servicio de un pensa-miento grande; soldado de origen humilde elevado al aristocrático nivel de sus altos hechos do-tado de todas las batalladoras energías de nuestra ra-za; con todo el temple varonil de los fundadores de la Pátria y todo el valor cívico de los hombres del Partido de la Defensa; corazón forjado al fuego del más alto sentimiento: el amor pátrio; alma templada en el crisol ardiente de la lucha armada, parecía, como ha dicho un pensador «forjado en el ánima de un cañón y cincelado con la punta de una espada.»

Su vida dedicada por entero al servicio de idea-les sacrosantos, se deslizó agitada entre el silvido

de las balas que demarcaban con sus trayectorias los límites de la República naciente, las dianas sonoras que anunciaban al pueblo la victoria de las armas orientales y los toques de oración, sentidos, melancólicos, profundos, que hablan á lo hondo del alma en las horas de sacrificio y de derrota.

Afiliado desde niño al partido de los ríjidos principios, su acción dentro de él fué decidida y vigorosa. Partidario casi mártir en el día más sombrío de nuestra historia, presenció Coquimbo y Cañas Vera y luego Corralitos y el terrible Sauce, cuando aun los achaques de la vejez no le impedían como le impidieron luego, cuando de nuevo en lucha los partidos con divisa los orientales nos encontrábamos, frente á frente en Tres Arboles, sangriento pero luminoso aun entre su aureola de bruma; en Arbolito, todavía estremecido por las cargas á lanza y bola: en Cerros Blancos, magestuoso y sombrío; en Aceguá, ardiente entre las frialdades del Invierno y en Tarariras la brillante epopeya postrimera.

SEÑORES:

Los que profesamos la religión de las tumbas, los que vemos en cada antro de la muerte donde reposa un soldado de la idea y del civismo un cátedra eterna de virilidad ciudadana y el punto donde la materia se riñe á la ley de la naturaleza y el alma nace á la vida inmortal que palpita en torno del

santuario del patriotismo y en las páginas de oro del libro de la historia, veneraremos esta tumba, en los instantes de recojimiento y meditación por los héroes que han sido, en nombre de la patria agradecida.

La frente veneranda donde irradió el sol de Ituzaingó se ha inclinado para siempre. El soldado de tres generaciones, que sinó murió como el Falucho de la historia abrazado á su bandera, murió en el culto que saben tener por ella los que sentimos en el pecho los latidos ignotos del patriotismo, baja á la fosa respetado por los hombres y por las balas— como se ha dicho ya: «como caen los astros en el sudario de su luz envueltos».

*
* *

Auras perfumadas, que meceis blandamente el ramaje de los cipreses funerarios en la mansion serena de los muertos, recojed mis palabras y formad con ellas una humilde hoja de laurel para colocar en la corona á ceñirse en la frente del héroe, cuando llegue la hora solemne de su apoteosis:

SOLDADO:

Descansa, que en el bastión de la muerte vela tu último sueño el Dios de las batallas.

HE DICHO.

1.00
2.00
05.
3.50
2.50
6.00